



ENERO 2024
Nº174



Adoradores

Revista de espiritualidad, información
y promoción Eucarística.



Respuesta a una dificultad:

Vivan de lo positivo de la verdad, de la gracia, de la bondad y, finalmente, del amor que da y recibe todo con amor.

Pág 08 y 09.



De la mano de Dios:

Coloquen toda su confianza en la santa y amable voluntad de Dios, porque lo que Él quiere es lo más perfecto para ustedes y lo más glorioso para su servicio. Pág 12 y 13

Tarsicios e Inesitas, pequeños adoradores:

Adorar al Santísimo, es la más sublime forma de oración que puede tener el cristiano, puesto que se encuentra con Jesús en persona. Por eso, entre más pequeños experimenten esa relación, más profunda será su fe y su amor por Cristo. Pag. 16 y ss.



Staff:

Director: pbro. lic. Mauro Carlorosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



Enseñanza del santo Niño

Cuando los tres Magos fueron conducidos por el resplandor de una nueva estrella para venir a adorar a Jesús, ellos no lo vieron expulsando a los demonios, resucitando a los muertos, dando vista a los ciegos, curando a los cojos, dando la facultad de hablar a los mudos, o en cualquier otro acto que revelaba su poder divino; sino que vieron a un niño que guardaba silencio, tranquilo, confiado a los cuidados de su madre. No aparecía en él ningún signo de su poder; más le ofreció la vista de un gran espectáculo: su humildad. Por eso, el espectáculo de este santo Niño, al cual se había unido Dios, el Hijo de Dios, presentaba a sus miradas una enseñanza que más tarde debía ser proclamada a los oídos, y lo que no profería aún el sonido de su voz, el simple hecho de verle hacía ya que El enseñaba. Toda la victoria del Salvador, que ha subyugado al diablo y al mundo, ha comenzado por la humildad y ha sido consumada por

la humildad. Ha inaugurado en la persecución sus días señalados, y también los ha terminado en la persecución. Al Niño no le ha faltado el sufrimiento, y al que había sido llamado a sufrir no le ha faltado la dulzura de la infancia, pues el Unigénito de Dios ha aceptado, por la sola humillación de su majestad, nacer voluntariamente hombre y poder ser muerto por los hombres.

Si, por el privilegio de su humildad, Dios omnipotente ha hecho buena nuestra causa tan mala, y si ha destruido a la muerte y al autor de la muerte (cf. 1 Tim 1,10), no rechazan lo que le hacían sufrir los perseguidores, sino soportando con gran dulzura y por obediencia a su Padre las crueldades de los que se ensañaban contra El, ¿cuánto más hemos de ser nosotros humildes y pacientes, puesto que, si nos viene alguna prueba, jamás se hace esto sin haberla merecido?

San León Magno/Adaptación



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



ADORADORES

pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado. Padre Celestial, te los agradezco

por tu Santísimo Hijo Jesús. Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos, a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine

As



Respuesta a una dificultad

Continuamos con las reflexiones de San Pedro Julián Eymard.

Me decís: Es bastante fácil ver la voluntad de Dios en los deberes de estado; pero lo que me pone perplejo son las inspiraciones en materia no obligatoria, como la renuncia a un goce permitido, una mortificación, etc.

Respondo: 1.º Sigán las inspiraciones de consejo cuando vienen acompañadas de paz y de atractivo de la gracia: Dios lo exige de su corazón generoso.

Rechacen las que se opongan a otras obligaciones y colocan a su alma en un estado triste de turbación y de inquietud y los dejan en suspenso, sin hacerlos ver si Dios las quiere o no. Es esta una inspiración falsa.

2.º Secunden con generosidad las inspiraciones que los llevan a mortificarlos contra la sensualidad, dado que les venga la insinuación antes de comenzar una obra; pero, una vez comenzado el acto, no hagan caso de la inspiración, porque ya es demasiado tarde y no es más que una inquietud piadosa o una turbación de conciencia perpleja.

3.º Desprecien el temor de abrazar una vida demasiado perfecta. Esta tentación nace en ustedes porque atienden demasiado a la mortificación que, al fin y al cabo, es un medio de santidad, y no adquieren esa libertad de vida en Dios, que es el gran principio de vida.

Conserven la vida interior

Si no tomamos el trabajo de alimentar y conservar la vida interior, al poco tiempo nos sentiremos agotados, débiles y raquíticos. La vegetación necesita de la noche; el sueño es de absoluta necesidad para el hombre; duerman, a menudo, recostados en el corazón del buen Jesús, como lo hizo san Juan.

¡Cuánto aprende en ese apacible sueño de silencio interior el alma con Jesús! ¡Qué valeroso despierta uno!

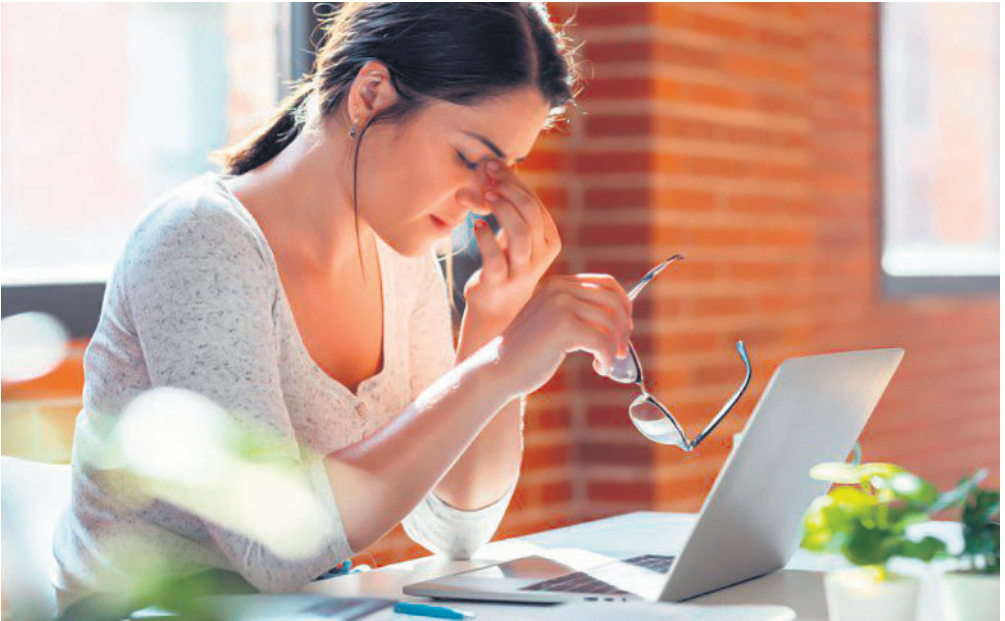
Se lo creo. ¿Qué hacer?

Soy poco recogido, dicen; no sé reconcentrarme; la actividad me hace salir de mí mismo.

Muy sencillo. Traicionen dulcemente a su imaginación, a su actividad de espíritu, a su irritabilidad de corazón: entréguelas una tras otra a nuestro Señor y encadénenlas a su santísima voluntad. Pero háganlo sin violencia, sin ruido, con sosiego, como cuando se va a pescar: entonces sí que la pesca será milagrosa.

El cielo en la tierra

En sus relaciones con el prójimo imiten al arcángel san Rafael. Miren: abandona el cielo, su puesto tan distinguido ante el trono de Dios, y viene a esta miserable tierra. Toma la forma de un ser viviente, pobre, humilde,



Si no tomamos el trabajo de alimentar y conservar la vida interior, al poco tiempo nos sentiremos agotados, débiles y raquíticos.

servil, cerca del joven Tobías: le sirve como a un amo; nunca se le ve sobresaltado; ejecuta todas las cosas con la mayor calma y libertad de espíritu.

¿Y por qué? Porque Dios lo quiere, porque Dios le ha enviado para eso, y el ángel se siente más dichoso cumpliendo su encargo en la tierra que lo fuera en el cielo si—dado que fuera posible— obrara por su voluntad.

Reparen, sin embargo, que aun cuando llevaba vida humana se alimentaba de su invisible y divino alimento, es decir, de la contemplación de Dios, del cumplimiento de su santísima voluntad, lo cual era su cielo en la tierra.

Hagan ustedes otro tanto. Sean como simples jornaleros que hacen lo que se les manda y no se preocupan

del día de mañana.

Pongan su alma próxima a Jesús sacramentado; y en lo demás, estén a disposición de todos y de todas las cosas con paz y libertad.

Luzca siempre un hermoso sol a su espíritu; su corazón sea libre como el aire; el Señor viva con ustedes; su voluntad no ame más que la actual voluntad divina; ame cuanto ame Dios. Esté indiferente a cuanto le sea contrario.

El divino maestro sea siempre su primer dueño; su santa ley, su ley suprema; su santo amor, el foco de todos sus amores.

Vivan, en una palabra, de lo positivo de la verdad, de la gracia, de la bondad y, finalmente, del amor que da y recibe todo con amor.



Santo abandono

En qué consiste el amor de benevolencia de parte de Dios.

Dios nos ama con un espléndido amor de benevolencia y con un inefable amor infinito y eterno. El amor de benevolencia consiste en querer pura y exclusivamente el bien y mayor bienestar de la persona amada.

En Dios el amor de benevolencia es personal; ama a un individuo y ama a cada uno de nosotros como si fuéramos los únicos habitantes de este mundo; el amor de Dios es uno e infinito.

Las prendas del amor divino

Todos los atributos de Dios están a merced de su amor de benevolencia para con nosotros, para santificarnos en su amor y gracia, para comunicarnos eternamente su felicidad y su gloria, debido a que el amor quiere la unión, y la unión, fin y triunfo del amor, establece una comunidad de bienes y de vida. El amor no se halla feliz encerrado en su soledad.

Los sublimes atributos de Dios, que están a merced de su amor de benevolencia para con un alma, para con nosotros, son los siguientes:

La sabiduría divina, que escoge lo más conducente al bien y al estado actual de esa alma querida; la prudencia divina, que aplica esos medios de santificación; el poder divino, que nos ayuda, nos sostiene y nos defiende; la misericordia, que, cual una buena madre, está con el corazón en la mano,

para perdonarnos, para levantarnos, ya que dos son los defectos del niño, o mejor dicho, dos son sus títulos a la misericordia: su debilidad y su ligereza, quisiera decir, su falta de buen seso y su presunción; la providencia divina que combina todos los acontecimientos del tiempo y todas las circunstancias en torno al alma querida, cual si fuera el centro del movimiento celeste y terrestre, para que todo le ayude en la consecución de su fin sobrenatural.

Por eso ha dispuesto que algunas criaturas nos hagan ejercitar y sufrir, para que nos acordemos de que nuestra vida es un destierro, tiempo de expiación, de amor crucificado con Jesús, nuestro bondadoso Salvador; otras nos sirven de guías por algún tiempo y luego desaparecen; Dios quiere reemplazar al arcángel San Rafael, a Moisés y a Josué; otras son para nosotros el espejo donde contemplamos al vivo nuestra miseria —al menos posible— en el mal y en las viciosas imperfecciones de Adán; hay algunas que son un código de vida perfecta, y otras, finalmente, que no son más que las pobres criaturas de Dios.

Dice la *Imitación de Cristo*: “No hay criatura, por más pequeña y miserable que parezca, que no refleje la bondad de Dios”.

Los mismos pecadores, ¿no son la prueba palpable de la bondad que Dios ejercita con ellos al favorecerlos, visitarlos, esperarlos y perdonarlos?



Todos los atributos de Dios están a merced de su amor de benevolencia para con nosotros, para santificarnos en su amor y gracia, para comunicarnos eternamente su felicidad y su gloria.

La divina providencia no sólo dispone de las criaturas que nos han de ejercitar la virtud en el decurso de nuestra vida, sino que también determina, por su gran misericordia para con el alma, el estado del cuerpo, enfermo o sano, y tiene trazado el plan de cada día según el cual debemos glorificarle. Esta es la orden del día firmada por la divina providencia.

Los estados naturales del alma están asimismo regulados conforme a las gracias que concederá Dios y a las obras que nos va a exigir. Ora infundirá más vida al espíritu, ora al corazón y siempre a la voluntad, porque es ella la dueña de nosotros y la sierva de Dios.

Los estados espirituales del alma son siempre el objeto de la dirección de la divina providencia, ya que constituyen ellos la condición indispensable de la santificación.

La ley del deber

De donde resulta la gran ley de la vida: Es menester caminar según la dirección dada por el soplo de la gracia, honrar a Dios en todos los estados naturales y sobrenaturales, servirse de todo cuanto encontramos en el camino de nuestra vida, ver esa santísima y

amabilísima voluntad en derredor nuestro y en nosotros mismos, obrar bajo su dirección, consultar su inspiración, ofrecerle la primera intención en todo, rendirle homenaje en todas las circunstancias de la vida; conocerla en todos los lugares, y finalmente suponerla cuando no se la ve ni se la oye, ya que algunas veces nos la deja de manifestar para ejercitar la sumisión de nuestra fe y la generosidad de nuestro amor.

La conclusión es fácil. El mejor estado para glorificar a Dios es mi estado presente; la gracia más estimable, la del momento actual. La ley del deber es aquella que inspira y ejecuta el amor. Mediten la definición de la santidad dada por nuestro Señor en el discurso de la cena: “Amo a mi Padre, cumplo su voluntad y permanezco en su amor”.

Sí; permanezcan en el amor de Dios, mejor dicho, permanezcan en su bondad, porque querer morar en el amor sería a menudo causa de muchas tentaciones: ¿Amo? ¿Soy amado?

Moren, por tanto, en la bondad paternal y divina de Dios como un niño que nada sabe, que nada hace, que lo echa todo a perder; pero que, sin embargo, vive en esta dulce bondad.



Tómense de la mano de Dios

Invitación a unirse al amor del Padre
prescindiendo de uno mismo.

Procuren ver en ustedes, en derredor suyo, dentro de ustedes, esa amorosa voluntad de Dios, que se ocupa de ustedes, como si fueran los únicos que viven en el mundo. Adoren las razones de su Providencia divina, siempre buena y amable.

Vayan a nuestro Señor sin su cuerpo, sin su alma; prescindan de ellos; únanse al amor de Dios por su voluntad.

Avancen con toda la sencillez, paso a paso; tómense de la mano de Dios cual si fueran ciegos; coman el pan que se les presenta cual si fueran mendigos; vivan de la gracia actual: con ella tendrán un albergue, un hogar, una espléndida mesa preparada por la divina providencia.

Reciban siempre con alegría y amor los beneficios de Dios; reparen más bien en su bondad que en la propia maldad, en sus gracias más que en los propios pecados, en sus beneficios más que en los propios sufrimientos, en su fuerza más que en nuestra flaqueza, en su amor más que en nuestra

tibieza. De este modo se unirán por el corazón y por la vida a esta amable e incansante bondad.

Vivan agradecidos como el pobre. Olviden sus miserias, sus mismos pecados, para vivir un tanto a semejanza del Cielo, donde se bendice, se agradece y se ama con amor siempre nuevo y cada vez más perfecto a la santísima Trinidad y donde se contemplan los pecados personales reflejados en la misericordia de Dios, las propias acciones en su gracia, y donde la felicidad de cada uno es el destello de la felicidad divina.

Sirvan a Dios con alegría.

El amor es fuente de alegría y de generosidad: es lo natural. Contemplan siempre la inefable bondad de Dios para con ustedes, su mano tan paternal, previsora y amable aun en los más insignificantes sacrificios que de ustedes exige.

Miren todas las cosas a través de ese



Coloquen toda su confianza en la santa y amable voluntad de Dios, porque lo que Él quiere es lo más perfecto para ustedes y lo más glorioso para su servicio.

prisma divino y las verán iluminadas de ese bello color.

Acuérdense de que la tristeza natural mata al cuerpo y al espíritu y que la tristeza espiritual da muerte al corazón y a la piedad.

Ya sé que hay una tristeza sana; pero ni aun ésa se la deseo. Prefiero verlos reclinados sobre el corazón de Jesús, como san Juan, que arrojados a sus pies, como la Magdalena.

Paz confiada en Dios

Lleven siempre el corazón y el espíritu fijos en su bondadoso padre y Salvador. Cuando vuela uno repara tan sólo en las alturas. No siempre puede el sentimiento procurarnos la felicidad; pero sí nos la puede dar siempre nuestra voluntad unida a la de Dios.

Tu alma no ha de descansar en los éxitos obtenidos en el servicio de Dios, y menos todavía en el sentimiento del bien; todo ello es muy variable y no es tampoco la verdadera

santidad; fundan su paz en la confianza de Dios, en su bondad, en su amor paternal.

Por lo tanto, confíen vivamente en la providencia, que cada momento ve la por ustedes.

Todo lo que nos acontece viene a cumplir en nosotros la misión que Dios le señala; reciban, por tanto, todas las cosas como a mensajeras divinas.

Coloquen toda su confianza en la santa y amable voluntad de Dios, porque lo que Él quiere es lo más perfecto para ustedes y lo más glorioso para su servicio.

Sirvan a Dios con fidelidad siempre constante en todos los estados de su alma, de su cuerpo y de sus obligaciones.

Trabajen siempre y en todo por Dios. Canten sin cesar el cántico del amor, ya que Dios los ama tanto y asimismo ustedes anhelan amarlo en progresión continua.

Confíen en el amor que Dios os tiene, tan grande, tan constante, tan paternal.



Sean de Dios

En qué consiste el santo abandono y cómo practicarlo.

Este santo abandono en el amor de Dios produce en el alma el mismo efecto que el amor de un niño para con su madre: ella lo sostiene, ella vela, y el niño duerme tranquilo en medio de los mayores peligros: nada tiene que temer. Hagan ustedes otro tanto.

Tengan siempre esta confianza de niño en su padre celestial; pertenezcan a Él en todos los momentos y dependan de Él en todas las cosas.

Dios no tiene pasado ni futuro: su existencia es eterna. Pues bien: vivan en su amor y en su actual providencia divina y confíenle el cuidado del pasado y del futuro. Dejen que la bondad divina los conduzca cual niños pequeños.

Esten indiferentes a todo; no amen más que lo que Dios ama, ni escojan sino lo que a Él le agrada.

Harto tranquilo se duerme en el regazo de la divina providencia y harto feliz se viaja transportado en sus amorosas alas.

Entréguese a nuestro Señor, a su paternal providencia. Nada les faltará, singularmente en la vida espiritual, si está unida a su divino esposo. El esposo ha de alimentar, cuidar, defender y hacer más perfecta a su esposa.

El calor de los rayos del amor divino

No se alejen nunca del buen Jesús de

su corazón; a pesar de todas las variaciones de su vida, sean siempre suyos. En todo momento es feliz quien vive al calor de los rayos del amor divino.

Después de todo, ¿qué más da ser del agrado de nuestro Señor por la enfermedad o salud, por un estado de sensibilidad, de fervor o de obediencia, o por nuestras prácticas piadosas, dado que esté Él contento de cuanto hagamos? Lo que importa es fundamentarnos en la confianza en Dios, alimentarnos de su bondad, sacrificarnos por su gloria con nuestro más intenso amor, amándole en todo, en todas partes y por encima de todo.

Aténganse a esta norma: No quieran más que lo que Dios quiera, como Él lo quiera y cuando lo quiera.

El santo abandono es el amor más puro y el más intenso.

Que el amor sea el fondo y el alma de todo; y cuando ese sentimiento domine en ustedes, dejen todo lo demás: los medios son inútiles cuando se ha conseguido el fin.

Pero no olviden que el amor de Dios es insaciable y exigente como el fuego y que os hará sufrir al abrasar en ustedes cuanto le sea extraño.

Dejen que el divino maestro se poseione de ustedes

Para poder prestar atención y ser fieles a los movimientos interiores del Espíritu Santo, guarden en paz su alma.

Tendrán paz en su alma si la disponen a padecerlo todo generosamente y a sacrificar todos sus intereses; en una palabra, si vencen su voluntad siem-



ADORADORES



Tengan siempre esta confianza de niño en su padre celestial; pertenezcan a Él en todos los momentos y dependan de Él en todas las cosas.

pre que la de Dios lo exija.

Lo que nos hace perder la paz y la calma es nuestra desdichada voluntad que quiere lo suyo a toda costa, o bien el sentimiento de nuestra libertad, que teme con exceso la santa esclavitud de la cruz.

Marchen a impulsos del soplo de la gracia actual; éste es el único movimiento que su alma puede recibir de lo alto. La gracia es siempre paz y sacrificio, amor y generosidad, donación y felicidad.

Dejen que el divino maestro los tome de la mano y los lleve a donde quiera y por donde le plazca: ello será lo mejor para ustedes, aunque alguna vez desconozcan cuál haya de ser su paradero.

Tengan siempre unido su corazón al corazón divino de nuestro Señor para que su amor llegue a ser la vida, el principio de sus acciones y el centro de su descanso.

Marchen por doquier con alegría cuando ésa sea la voluntad de Dios; en todas partes se halla el sagrario, el cielo, Dios, nuestro amor. Siempre dispuestos a cumplir la voluntad de Dios

El saludo de nuestro Señor a los apóstoles era: “La paz sea con ustedes”. De todo corazón les deseo esta paz, esta paz confiada que se abandona filialmente a Dios y que se confía a su bondad y a su misericordia; esa paz de conciencia que se basa en la humildad, para tratarse como miserable, y que se fundamenta en una obediencia sin doblez para obrar en espíritu de fe.

No lograrán la paz del corazón turbando su interior ni atormentando su espíritu, sino que la alcanzarán tan sólo si se confían a la bondad y misericordia divinas.

Lleguen al divino maestro como el niño que sin poseer nada, ni tener fuerzas, se acerca al corazón de su madre: un acto de sumisión y generosa entrega es más perfecto que todo cuanto puedan hacer; su lugar preferido ha de ser junto al divino maestro para verle, escucharle y sentirse cerca de Él.

Vivan de Dios, de nuestro Señor eucarístico, porque de otro modo no podrán ser una víctima constante de su amor.

Presten toda su atención a lo que la providencia disponga de ustedes.

Dios lo hace todo, lo organiza todo, lo prevé todo para llevarlos a sí; olviden el pasado y el futuro; pero estén siempre dispuestos a abrazar la voluntad presente del buen maestro. El los llevará de la mano en medio de todas las dificultades hasta que consigan la gracia de la perfección de su amor.

Consideren que el arroyo, el río de nuestra vida, se acerca al mar de la eternidad; nuestra pobre navicilla sigue su curso engalanada con el pabellón del cielo.



¿Qué son los Tarsicios

La adoración al Santísimo es un deber de amor que todo católico debe cultivar, y lo mejor es comenzar desde la niñez. Un bello apostolado para incentivar en las comunidades parroquiales.



Los tarsicios e inesitas tienen una formación que dura seis meses, y al finalizar este periodo, durante una Vigilia solemne se les entrega su distintivo.



y las Inesitas?

La Iglesia católica tiene un amor especialísimo por Jesús en el Santísimo Sacramento del altar, misterio inefable que es el centro de la fe cristiana y que se refleja en el acto de adoración. Esta forma de oración y acercamiento es la más sublime que puede tener el cristiano, puesto que se encuentra con Jesús en persona. Por eso, entre más pequeños experimenten esa relación, más profunda será su fe y su amor por Cristo.

Más de cien años adorando

Mauricio Martínez Amaral, presidente nacional de la archicofradía de la Adoración Nocturna Mexicana, una asociación que cumplirá 124 años el próximo 4 de febrero, comenta que su principal objetivo es “adorar a nuestro Señor Sacramentado cuando está expuesto”, lo que realizan durante las reuniones que llaman juntas de turno, que se llevan a cabo un sábado al mes.

Ahí se reúnen todos los adoradores para hacer su vigilia, comenzando a las 10 de la noche para terminar a las 5 de la mañana con la santa Misa. Durante esas horas, hacen oración frente al Santísimo. Todos los adoradores tienen un turno, incluidos los niños y niñas, a quienes les corresponde el primero, pudiendo ser de 7 a 8 de la noche.

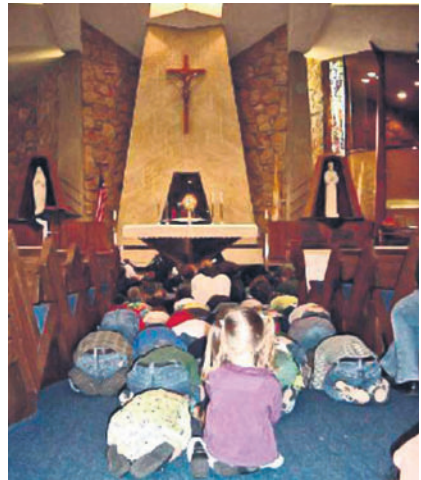
A ellos se les llaman Tarsicios e Ineses (o Inesitas), nombres inspirado en los santos Tarsicio e Inés, mártires

niños de los primeros siglos del cristianismo. Él entregó su vida por defender la Eucaristía y ella por defender su virginidad consagrada a Cristo.

¿Quién puede pertenecer a los Tarcisios e Inesitas?

Mauricio Martínez comenta que para participar como Tarcisios o Inesitas deben tener 8 años cumplidos y haber hecho la primera comunión, como requisito indispensable, porque al concluir la vigilia “el objetivo principal es comulgar”.

Agrega que ellos tienen una formación que dura seis meses, y al finalizar



Todos los adoradores tienen un turno, incluidos los niños y niñas, a quienes les corresponde el primero, pudiendo ser de 7 a 8 de la noche.



Un Tarcisio o una Inés comienza a los 8 años y termina esta etapa a los 18.

este periodo, durante una Vigilia solemne se les entrega su distintivo. Los niños son prioridad para ellos porque ahí está el semillero, por lo que siguen recibiendo capacitaciones y tienen instrucción con un ritual de oraciones especialmente elaborado para ellos.

Un Tarcisio o una Inés comienza a los 8 años y termina esta etapa a los 18. Después, se hace cambio de distintivo y se convierten en adoradores activos.

Frutos espirituales

Los frutos espirituales que reciben los Tarcisios e Inesitas son infinitos porque son muy agradables a

los ojos de Dios, ya que “su oración es totalmente pura”. Además, se les enseña a hacer oración contemplativa, la que llaman “coloquio”, que pueden hacerla caminando, permaneciendo en la iglesia o hasta jugando, pero unidos a Cristo Eucaristía, para lo que son cuidadosamente preparados.

Finalmente, Mauricio Martínez invita a todos a participar de la Adoración Nocturna, algo que todas las iglesias deberían tener, porque “todos debemos adorar”, por eso pide que pregunten en su parroquia por ellos para que se unan a este acto de amor a Dios hecho Pan para nosotros. (Aleteia/Mónica Muñoz

Momento eucarístico hecho poesía



Poetas y escritores
cantaron su fe y
ofrecieron sus
palabras para que
nosotros podamos
decirle con ellas al
Señor Sacramentado
cuánto lo amamos.

Acto de adoración

Vengo, Jesús mío, a visitarte. Te adoro en el Sacramento de tu amor.

Te adoro en todos los Sagrarios del mundo.

Te adoro, sobre todo, en donde estás más abandonado y eres más ofendido.

Te ofrezco todos los actos de adoración que has recibido desde la institución de este sacramento y recibirás hasta el fin de los siglos.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu Santa Madre, de San José y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, como era en un principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Actos de gratitud

¡Oh, Jesús, te doy gracias por los beneficios que me has concedido!

Yo no sabré nunca apreciarlos si no en el Cielo, y allí te los agradeceré eternamente.

Padre Celestial, te los agradezco por tu Santísimo Hijo Jesús.

Espíritu Santo, que me inspiras estos sentimientos, a Tí sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias, sobre todo, por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano, mediante el Santo Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por Madre a tu propia Madre.

Por haberme dado un gran amor a tanta tierna Madre.

Por haberme dado por protector a San José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado el Ángel de mi Guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

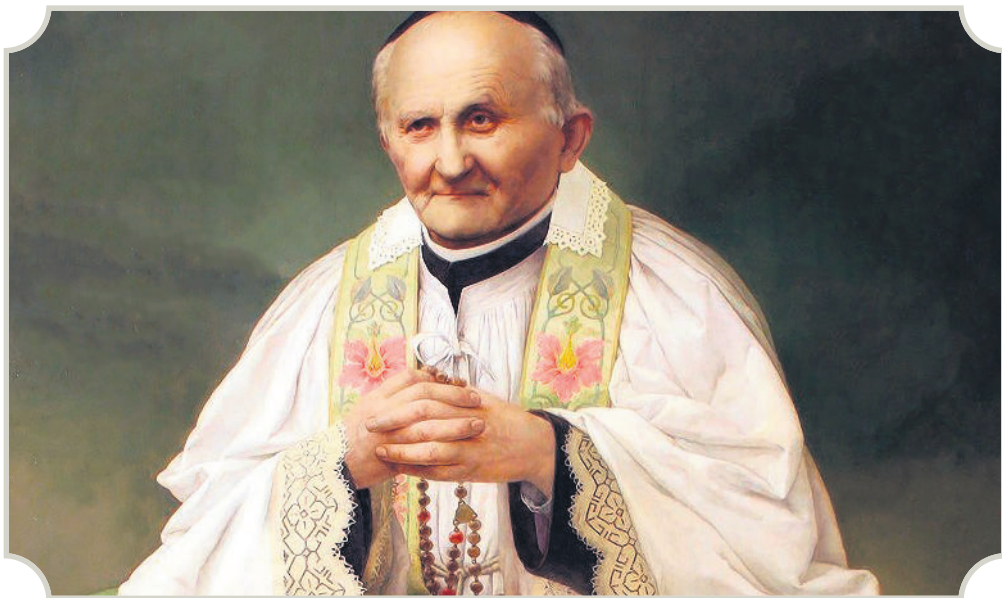
Por tener estos deseos de amarte, de vivir y morir en tu Gracia. Amén.



Santos eucarísticos: 15 de enero, san Arnoldo Janssen

Misionero y eucarístico

Su amor al Santísimo Sacramento lo llevó a elegir un grupo de Hermanas para la vida en clausura y las llamó “Siervas del Espíritu Santo de Adoración Perpetua”.

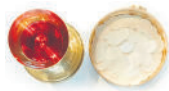


La Eucaristía y la Sagrada Escritura infundieron renovada vitalidad a sus actitudes de adoración y gratitud.

El 15 de enero del año 1909 el Padre Arnoldo Janssen entregaba su alma al creador. Tres congregaciones religiosas han recibido de él su carisma misionero: la “Congregación del Verbo Divino”, las “Hermanas Misioneras Siervas del Espíritu Santo”, y las “Hermanas Siervas del Espíritu Santo de Perpetua Adoración”.

La vida de san Arnoldo puede ser enfocada desde varios aspectos, y siempre encontraremos al hombre de Dios, cautivado y conducido por el Espíritu Santo.

Nacido en Goch (Alemania), en el año 1837, fue ordenado sacerdote a los 24 años. En el ejercicio de su ministerio se iba perfilando su espiri-



ADORADORES

tualidad de formar sacerdotes misioneros para las misiones extranjeras. Jamás creyó que sería él el hombre elegido por Dios para una obra de tanta trascendencia. Hasta concretar ese anhelo tuvo que pasar por muchas dudas, pruebas y sufrimientos, hasta encontrar la confirmación de la voluntad de Dios. Y esta fue precisamente una de las características de su vida: descubrir y cumplir la voluntad de Dios. Así inició un camino de búsqueda, de consultas y ante todo de oración. Dios siempre se manifiesta a través de signos, raras veces a través de evidencias, signos que deben ser interpretados a la luz del Espíritu Santo. Y estas eran las dos fuerzas que guiaron al Padre Arnoldo: la voluntad de Dios y el Espíritu Santo.

Fue hombre de oración, imitador de Jesús: cuántas horas, cuántas noches de oración profunda, postrado ante el sagrario para descubrir si los signos que veía eran de Él.

Dios nunca precipita sus obras, deja que el hombre vaya descubriendo lo que Él quiere. Arnoldo sabía esto. Cuando descubría los signos de Dios, nadie lo detenía, ni sus limitaciones humanas. Él decía: “Si es de Dios, resultará y se lo agradeceremos a la gracia divina; si el resultado es malo nos golpearemos el pecho para reconocer que no fuimos dignos de la gracia”. Y siempre fue consecuente. (Agencias)



Las “Siervas del Espíritu Santo de Adoración Perpetua”, ante la adoración del Santísimo Sacramento debían rezar día y noche por la Iglesia y especialmente por las dos Congregaciones misioneras de Steyl.

La Adoración Perpetua

Es la relación connatural del hombre con Dios, de la creatura inteligente con su Creador. Los hombres y los ángeles deben adorar a Dios. En el cielo, todos, las almas bienaventuradas de los santos y los santos ángeles, adoran a Dios. Cada vez que adoramos nos unimos al cielo y traemos nuestro pequeño cielo a la tierra. La adoración es el único culto debido solamente a Dios. Cuando Satanás pretendió tentar a Jesús en el desierto le ofreció todos los reinos, todo el poder de este mundo si él lo adoraba. Satanás, en su soberbia de locura, pretende la adoración debida a Dios. Jesús le respondió con la Escritura: “Sólo a Dios adorarás y a Él rendirás culto”.